

Vida en un cuadro

Luces y sombras de Ingmar Bergman

El cineasta sueco murió para dar paso a la enumeración de sus obsesiones. Dicen que la soledad, la angustia y la muerte enmarcaban su sabio pesimismo, pero más allá de la oscuridad, en Bergman gobernaba la luz, la lucidez absoluta. **TEXTO: RAFAEL LEMUS**

La luz, primero, en la infancia. El pequeño Ingmar tiene 4 o 5 años y viaja con su padre, un estricto pastor luterano, a lo largo de la comarca sueca. En la posada de algún desamparado pueblo, se demora en un plato de espinacas. Cuando un rayo de sol se cuela hasta su traste, mueve instintivamente el plato de un lado a otro para proyectar, contra el techo y las paredes, diferentes, imprevisibles imágenes. La luz, también, meses más tarde. Ingmar está en el templo. Su padre dicta, severo, un sermón. En vez de escuchar, el niño observa. Observa la luz, los rayos de sol que atraviesan finalmente los vitrales. La luz, por último, durante el resto de su vida. Ingmar Bergman, ya adulto, escribe guiones, dirige actores, organiza el movimiento de las cámaras. Es decir, hace cine. Es decir, esculpe despaciosamente la luz.

Pero Ingmar Bergman (1918-2007) ha muerto. Su cadáver, bello y anciano, yace ya bajo montones de obituarios. Sombríos obituarios. La mayoría de los críticos ha guardado el acostumbrado tono fúnebre y destacado, no sin razón, la cerrada oscuridad de Bergman. Se dice: exploró los rincones más lúgubres del espíritu. Se enumeran sus obsesiones: la soledad, la incomunicación, la angustia, la ausencia de Dios, la muerte. Se alaba, cosa rara en estos tiempos, su sabio pesimismo. Todo esto es cierto y, sin embargo, no es suficiente. Para mí, Bergman es, esencialmente, la demasiada luz. No oscuridad sino lucidez. Antes que negra, la impecable luz del pensamiento. Los pesimistas somos muchos. Pensadores, en el cine, hubo apenas uno, y acaba de extinguirse. En un arte reacto a la reflexión filosófica, Bergman se erigió como el intelectual más alto: empleó un invento mecánico del siglo XIX para disertar sobre las preocupaciones metafísicas de siempre. ¿Opacamente? Por el contrario: con insoportable claridad, bajo el brillo de una Suecia toda nieve.

No sólo la luz del pensamiento, también las repetidas iluminaciones de la intuición. Además de ser el pensador más potente de la historia del cine, Bergman



1

2

fue un soberbio psicólogo. Una buena cinta incluye, si tenemos fortuna, dos o tres revelaciones repentinas sobre la conducta humana. Las películas de Bergman podían contener cuatro o cinco fogonazos en una sola secuencia. Mejor: no había, no parecía haber, tema ajeno al sueco. ¿La muerte? Por lo menos, una obra maestra al respecto, *El séptimo sello* (1957). ¿La vejez? La película insuperable sobre el asunto, *Fresas salvajes* (1957). ¿El silencio? *Persona* (1966). ¿La maternidad? *Sonata de otoño* (1978). ¿La infancia? *Fanny y Alexander* (1982). *Fanny y Alexander*, además, es ejemplo del Bergman más festivo. Porque hubo, al lado del aplastante pesimista, un Bergman festivo. Lo hubo en esa película (el episodio en casa del comerciante judío, por ejemplo) y también, de pronto, a la mitad de algún espeso drama: los jóvenes de *Fresas salvajes*, los juglares de *El séptimo sello*, la esporádica y fugaz complicidad entre un hombre y una mujer. Momentos escasos, sí, y por lo mismo doblemente elocuentes: rayos de luz que, al penetrar una oscuridad casi unánime, bastaban para encender la sala entera.

La luz, por último, en todas partes. En la limpia composición dramática de sus obras. En la exacta interpretación de sus actores (piénsese, desde luego, en Liv Ullman). En la serena fotografía de todos y cada uno de sus filmes (devida, las más de las veces, a Sven Nykvist). Sobre todo eso: aunque algunos críticos insistan en que Bergman fue por encima de cualquier otra cosa un hombre de teatro, sus películas jamás fueron teatro filmado. Fueron cine. Son cine. Hágase, para probarlo, un experimento. La próxima vez que algún cine ponga una película de Bergman, Usted pague un boleto y siéntese, silencioso, entre la oscuridad, a la mitad de la sala. De pronto, cuando la cinta corra ya, deje de ver un instante la pantalla. Mire hacia arriba. Mire esa luz que, escupida por el proyector, viaja bamboleantemente hasta la pantalla. Eso, todo eso, es Bergman: una sabia luz que danza a un ritmo templado, casi metafísicamente, muy por encima de nosotros.

La muerte, dijo alguna vez Ingmar Bergman, "es sólo una luz que se extingue".

- 1. Ingmar Bergman
- 2. *Fresas salvajes* (1957)

FOTO: ZUMA PRESS



O B J E T I V O

Ser capaz de proyectar una imagen pública favorable aplicando los diferentes tipos de protocolo.

B E N E F I C I O S

Aprender las herramientas y conocimientos necesarios para enfrentar los retos personales, laborales, sociales y culturales del mundo actual.

M A E S T R O S

Impartido por los creadores de la Maestría en Ingeniería en Imagen Pública® y la Licenciatura en Imagología®.

M Ó D U L O S

- Importancia del Protocolo en la Imagen.
- Protocolo Personal.
- Protocolo Internacional en torno a la mesa.
- Protocolo en lugares públicos.
- Protocolo Empresarial.
- Protocolo Diplomático e Internacional.
- Protocolo y Organización de Eventos.



IMAGEN PÚBLICA®

Colegio de Gran Clase®

1a. Generación Inicia el 1 de Septiembre
Sábados de 9 a 15 horas

www.imagenpublica.com.mx

50.80.88.00 ext. 2